

(H) pág. 279.

TUMBAS DE LOS REYES DE EGIPTO.

El valle de Biban el-Moluk, antiguamente *Biban-Uru*, hipogeos de los reyes, era la necrópolis régia, la cual estaba situada en un lugar extraordinariamente á propósito para su triste destino. El valle es árido; altísimas y desnudas rocas, ó montañas en plena descomposición, presentan casi por todas partes anchas grietas, producidas por el extremado calor ó por hundimientos interiores, con los costados cubiertos de listas negras, como si estuviesen en parte quemadas: ningún animal frecuente este valle de muerte; solo moscas, zorras, lobos y hienas han sido atraídas á él por nuestra permanencia en las tumbas y por el olor de nuestra cocina.

Entrando en lo mas apartado de dicho valle, por una angosta abertura, evidentemente hecha por la mano del hombre y que ofrece todavía leves vestigios de escultura egipcia, se ven al instante al pié de las montañas ó en sus laderas puertas cuadradas, en su mayor parte cubiertas de tierra, y á las cuales hay necesidad de acercarse para ver sus adornos. Tales puertas, todas parecidas, dan acceso á las tumbas reales: y cada tumba tiene la suya, pues antiguamente ninguna comunicaba con la otra, si bien los que en tiempos anteriores y posteriores han ido allí en busca de tesoros, han establecido algunas comunicaciones forzadas.

El examen que hice de estas excavaciones ántes de subir á la segunda catarata, y la permanencia de muchos meses durante los cuales me detuve allí á mi vuelta, me han convencido plenamente de que en aquellos hipogeos fueron sepultados los cuerpos de las dinastías xviii, xix y xx, que en realidad son todas tres dinastías diospolitanas ó tebanas.

No se guardaba ningún orden ni de dinastía ni de sucesión en la elección de las varias tumbas régias, habiendo cada cual hecho excavar la suya allí donde creía encontrar una veta de piedra conveniente á su sepultura y á la inmensidad de la excavación proyectada. Es difícil no maravillarse cuando, después de pasar bajo una puerta bastante sencilla, se entra en grandes galerías ó corredores, cubiertos de esculturas perfectísimas, que conservan en gran parte el esplendor de los colores mas vivos, y que sucesivamente conducen á salas sostenidas por pilastras aun mas ricas en adornos, hasta que se llega en fin á la sala principal, que llamaban los Egipcios la sala de oro, mas vasta que las otras, y en medio de la cual reposaba la momia del rey, en un enorme sarcófago de granito. La vista de estas tumbas da una idea exacta de la extensión de tales excavaciones y del inmenso trabajo que costaron para llevarlas á cabo con pico y cincel. Los valles están casi todos llenos de colinas, formadas de rocas de piedra, procedentes de las asombrosas obras ejecutadas en el seno de la montaña. Apenas me bastaron muchos meses para redactar con alguna extensión una noticia de los innumerables bajos relieves que contienen las tumbas, y para copiar las inscripciones mas interesantes. Daré, sin embargo, una idea general de tales monumentos con la descripción rápida y sucinta de uno, el del faraon Rameses, hijo y sucesor de Meyamun. El adorno de las tumbas régias era sistemático, y el que se halla en una, aparece en casi todas las demas, salvo algunas excepciones como mas adelante diré.

El arquitecno de la entrada está adornado de un bajo relieve (este es igual en todas las puertas de las tumbas régias), el cual en suma no es mas que el prólogo ó el resumen de todos los adornos de los sepulcros faraónicos. Es un disco amarillo, en cuyo centro está el sol con la cabeza de carnero, esto es, el sol poniente, que entra en el hemisferio inferior, y

adorado por el rey de rodillas: á la derecha del disco, esto es, al Oriente, se ve á la diosa Nefti, y á la izquierda la diosa Isis, que ocupan los dos extremos del curso del dios en el hemisferio superior: al lado del sol, y dentro del disco, está esculpido un gran escarabajo, que allí, como en otras partes, es el símbolo de la regeneración ó de los renacimientos sucesivos: el rey está arrodillado en la cima de la montaña celeste, sobre la cual descansan tambien los piés de las dos diosas.

El sentido general de esta composición se refiere al rey difunto: el rey, semejante en vida al sol en su curso de Oriente á Occidente, debía ser el vivificador, el iluminador del Egipto, y la fuente de todos los bienes físicos y morales necesarios á sus habitantes: el Faraon muerto fué, pues, tambien naturalmente comparado con el sol, que en su ocaso descende hácia el tenebroso hemisferio inferior que debe recorrer, para renacer de allí en el Oriente, y dar la vida y la luz al mundo superior (el que nosotros habitamos); de la misma manera que el rey difunto debía renacer tambien para continuar sus trasmigraciones, ó acaso para habitar el mundo celeste, y ser absorbido en el seno de Ammon, padre universal (1).

En el cuadro descrito hay siempre una leyenda, cuya traducción literal es como sigue: « Así dice Osiris, señor del Amente (region occidental habitada por los muertos): Te he concedido albergue en la sagrada montaña del Occidente, como á los otros dioses mayores (los reyes que le precedieron); á ti, Osiris, rey señor del mundo, Rameses, etc., aun vivo. » La última expresión probaria, si fuese menester, que las tumbas de los Faraones, obras inmensas y que reclamaban largo trabajo, se habían principiado *viendo ellos*; y que uno de los primeros cuidados de todo rey egipcio, conforme al espíritu bien conocido de esta singular nacion, era atender incesantemente á la ejecución del monumento sepulcral que debía ser su último asilo.

Esto lo demuestra mucho mejor el primer bajo-relieve que se halla á la izquierda entrando en todos los sepulcros. Tenía evidentemente este cuadro por objeto tranquilizar al rey vivo respecto del desagradable augurio que parecia resultar para él del hecho de abrirle la tumba en el momento en que se sentia lleno de vida y salud. En efecto, este cuadro representa al Faraon con el traje regio, presentándose delante del dios Fta que tiene cabeza de gavilán, ó lo que es lo mismo, del sol en todo el esplendor de su carrera (á la hora del medio dia), el cual dirige á su representante en la tierra estas consoladoras palabras: « Así dice Fta, dios grande señor del cielo: te concedemos larga serie de dias para reinar sobre el mundo y ejercer los regios atributos de Horo en la tierra. » En la bóveda de este primer corredor de la tumba se leen igualmente magníficas promesas hechas al rey para esta vida terrenal, y la relación de los privilegios que le están reservados en las regiones celestes. Parece que están puestas allí tales leyendas, como para hacer mas suave la pendiente, siempre demasiado rápida, que conduce á la sala del sarcófago.

Inmediatamente después de este cuadro, especie de preparación oratoria bastante delicada, se presenta mas francamente la verdad á favor de un cuadro simbólico, en que está figurado el disco del sol, procedente del Oriente, que avanza hácia la frontera occidental, señalada por un cocodrilo, emblema de las tinieblas,

(1) En la lengua sacerdotal, con el vocablo Nefti se indicaba al extremo desierto é inculdo del Egipto, bañado por el Mar Rojo, llamado tambien Arabia Egipcia, mientras que la parte fértil, atravesada por el Nilo, era designada con el nombre de Isis. Aparece, pues, claramente que bajo la imagen de esta divinidad se figuraba el Egipto, en las dos regiones Alta y Baja ó sea inculca y fértil, sobre las que se extendía el poder del monarca difunto.

en las cuales están á punto de entrar el dios y el rey, cada uno á su manera.

Una salita que ordinariamente sigue á este primer corredor, contiene las imágenes esculpidas y pintadas de los setenta y cinco paredros (*) del sol, precedidos ó seguidos de un inmenso cuadro, en el cual se ve sucesivamente la imagen abreviada de setenta y cinco zonas y de sus habitantes, de los cuales se hablará después.

Á estos cuadros generales sucede la explicación de los particulares. Las paredes de los corredores y de las salas que siguen (casi siempre las paredes mas próximas al Oriente) están cubiertas de una larga serie de cuadros, que representan el curso del sol en el hemisferio superior (imagen del rey en vida), y en la pared opuesta se ha figurado el camino del sol en el hemisferio inferior (imagen del rey después de muerto). Otras varias salas vienen después de este corredor, igualmente adornadas de pinturas y esculturas. La que precede á la sala del sarcófago, por lo general consagrada á los cuatro genios de los Amentes, contiene, en las tumbas mas perfectas, la comparecencia del rey ante el tribunal de los cuarenta y dos jueces divinos que deben decidir de la suerte de su alma; tribunal del que no es mas que una sencilla imagen aquel que en la tierra concedía ó negaba al rey los honores de la sepultura. Una pared entera de esta sala, en la tumba de Rameses V, ocupan las figuras de estos cuarenta y dos asesores de Osiris, unidas á las justificaciones que se supone presenta el rey ó hace en su nombre presentar á aquellos severos jueces, cada uno de los cuales parece encargado del examen de un delito ó pecado particular, y de castigarlo en el alma sometida á su jurisdicción. Este gran texto, dividido por consiguiente en cuarenta y dos versículos ó columnas, no es, propiamente hablando, sino una *confesion negativa*, como se puede juzgar por los ejemplos que siguen.

« ¡ Oh Dios (tal)! el rey, sol moderador de justicia, aprobado por Ammon, no ha cometido maldad, no ha blasfemado, no se ha embriagado, no ha sido negligente, no ha quitado los bienes consagrados á los dioses, no ha mentido, ni sido libertino, no se ha manchado de impureza, no ha movido la cabeza oyendo palabras de verdad, no ha empeñado en vano su palabra, ni ha tenido que devorar su propio corazón (esto es, arrepentirse de cualquiera acción mala). »

Se veían finalmente al lado de este texto curioso, en el sepulcro de Rameses Meyamun, imágenes de las mas curiosas, como las de los pecados capitales ó mortales; de estas solo quedan tres bien conservadas, y son la lujuria, la pereza y la gula, figuradas en forma humana con las cabezas simbólicas de carnero, tortuga y cocodrilo.

CHAMPOLLION MENOR.

Hemos dicho que Belzoni, en el mismo valle de Biban el-Moluk, abrió la tumba de Aguenqueroes Osiris ó Petosiris, ó sea Busiris ú Ocoreo, que reinó hácia el año 1397 ántes de Cristo. Oigamos á él mismo describir aquellos asombrosos asilos de la muerte con mas claridad, aunque con ménos ciencia que el ilustre francés:

« Luego que hubimos pasado la abertura, nos hallamos en una hermosa sala, de veintisiete piés y medio de larga, y de veinticinco piés y diez pulgadas de ancha, sostenida por cuatro pilares de tres piés cuadrados. Volveré luego á hablar de las pinturas que adornan esta caverna sepulcral, que llamaré la *antecámara*.

» Al extremo de la sala, al frente de la entrada, pasamos por una puerta á una cámara sostenida por dos pilares, á la que descendimos por tres escalones: esta

(*) Acompañante: dioses paredros llamaban los antiguos á las divinidades que representaban reunidas con otra principal.

(N. del T.)

tenía veintiocho piés y dos pulgadas de longitud, y veinticinco piés y seis pulgadas de anchura; las pilastras tenían tres piés y diez pulgadas de espesor, y yo la llamé *sala de los dibujos*, porque los muros estaban cubiertos de soberbias pinturas que parecían terminadas apenas el día anterior. Volviendo de esta á la sala de entrada, vimos á la izquierda de la abertura una gran escalera, la cual conducía á un corredor; tenía diez y ocho peldaños, y era de trece piés y un tercio de longitud por siete y medio de anchura.

» La antecámara, á la cual bajamos por esta escalera, tenía treinta y seis piés de larga por seis y once pulgadas de ancha, con iguales adornos de pinturas, y conforme avanzamos observamos que estas iban siendo mas perfectas. Hallábanse todas cubiertas de un barniz, cuyo esplendor producía hermosísimo efecto, y las figuras estaban pintadas sobre un fondo blanco. Al principio de la antecámara había diez escalones, por los cuales se bajaba á lo que yo llamé la *salita*, la cual daba á otro corredor de diez y siete piés y dos pulgadas de largo, por diez piés y cinco pulgadas de ancho. Desde este bajamos á otra salita de veinte piés y cuatro pulgadas de longitud por trece y ocho de anchura; adornada como todas las demas de hermosas figuras de bajo relieve y pintadas, acabadas todas con tanta perfección que creí deberla llamar la *sala de las bellezas*. Estando en medio de esta sala se ve un rodeado de divinidades egipcias. Sigue después otra sala mayor, de treinta y siete piés y nueve pulgadas de longitud por veintiseis piés y diez pulgadas de anchura, sostenida por dos órdenes de pilares cuadrados, tres de cada parte, colocados en la línea de las antecámaras. De cada lado de esta se había excavado una cámara, la de la derecha de diez piés y cinco pulgadas de larga, y ocho piés y otras tantas pulgadas de ancha; la de la izquierda, tan larga como la anterior, y de ocho piés y nueve pulgadas y media de anchura. Daré á la gran caverna el nombre de *sala de los pilares*; á la cámara de la derecha el de *cámara de Isis*, por la gran vaca que en ella estaba representada, y sobre la cual volveré á hablar; y á la sala de la izquierda la designaré llamándola *cámara de los misterios*, á causa de las figuras simbólicas que la adornaban.

» En el fondo de esta catacumba vi otra sala de bóveda redonda, la cual no estaba separada de la *sala de los pilares* mas que por un escalon, de manera que las dos propiamente formaban una sola. Esta última contaba treinta y un piés y diez pulgadas de longitud, por veintisiete de anchura; sobre la derecha y excavada de una manera tosca, había otra cámara sin pinturas, y cuyo trabajo al parecer no estaba mas que bosquejado; pero en la otra parte, al contrario, se veía terminada y sostenida por dos pilares una gran cámara de veinticinco piés y ocho pulgadas de larga por veintidos piés y diez pulgadas de ancha. Una especie de armario que sobresalía tres piés fuera de la pared rodeaba esta cámara, lo cual me decidió á llamarla *sala de los armarios*; y acaso estaria destinada á recibir todos los objetos necesarios á las ceremonias fúnebres. Los pilares tenían tres piés y cuatro pulgadas de grueso, y toda la sala estaba cubierta de hermosas pinturas, como las otras de este subterráneo. Desde el extremo de la sala frente á la *sala de los pilares* pasamos por una gran puerta á una cámara sostenida por cuatro pilares, uno de los cuales se había caído, y de cuarenta y tres piés y cuatro pulgadas de larga por diez y ocho piés y medio de ancha: los pilares eran de tres piés y siete pulgadas cuadradas de grueso. Los costados de esta cámara en aquellos sitios en que la roca no había podido ser labrada de una manera igual estaban cubiertos de estuco y pintados de colores. La llamé *sala de Apis ó del toro*, porque en ella encontramos el esqueleto de uno de estos animales, embalsamado con el asfalto. Allí vimos tambien muchas figuritas de madera que representaban momias, cubiertas

de asfalto para su mejor conservacion. Igualmente hallamos unas cuantas figuras de barro, pintadas de azul turquí y con mucho barniz encima: vimos además otras estatuas de madera en pie, de cuatro pies de altas, con un agujero circular, sin duda para recibir róticos de papiro; y finalmente, observamos esparcidos por el suelo fragmentos de otras estatuas de madera y de barro.

» Pero lo mas importante de esta sala era un sarcófago puesto en el centro, que no podia tener igual en el mundo. Su longitud era de nueve pies y cinco pulgadas; su anchura de tres pies y siete pulgadas, y se habia empleado para construirlo el mejor alabastro oriental. No tenia dos pulgadas de espesor, por lo cual, poniendo una luz detras de una de sus paredes, aparecia dentro y fuera cubierto de esculturas que figuraban centenares de figuritas de solo dos pulgadas de altura, las cuales, segun me pareció, representaban la procesion fúnebre del muerto, colocado en el sarcófago, diversos emblemas, y otras cosas alusivas. Jamas recibí la Europa del Egipto una antigüalla de tanta magnificencia: desgraciadamente le faltaba la tapa, que habia sido levantada y rota, y de la cual encontramos algunos fragmentos en la excavacion que hicimos junto á la primera entrada. (Fué colocado en el Museo Británico, despues de haber recorrido las mas cultas ciudades de Europa.)

» Este sarcófago estaba colocado en la parte superior de una escalera que conducia á un pasadizo subterráneo de trescientos pies de largo, que iba declinando, y á cuyo extremo encontramos un monton de estiércol de murciélago, impidiendo el paso, de modo que no hubiéramos avanzado á no haber empleado la pala; por otra parte, hasta el desmoronamiento de las paredes superiores contribuía á obstruir el tránsito. Casi á los cien pasos, junto á la entrada, hay una escalera muy bien conservada; pero la roca cambia en este sitio de naturaleza; y de calcárea, compacta y sólida que era, se vuelve esquisto muy suelto. Este pasadizo atraviesa la montaña en la direccion de Sudoeste. Habiendo medido la distancia de la entrada y las rocas que lo cubren, reconcí que llegó casi al centro de la montaña, y tengo algunas razones para creer que conducia desde otra entrada hasta la tumba; pero que se trató de cerrar aquel paso despues que fué sepultado en el subterráneo el distinguido personaje para quien se erigió el sarcófago, levantando un muro que cerraba absolutamente la comunicacion entre la tumba y el pasadizo subterráneo. Se habia querido también cerrar el paso de la escalera amontonando grandes piedras debajo del sarcófago, al nivel con el suelo de la sala, y además tapiando la gran puerta de la sala de los armarios, la cual encontramos abierta, por haberlo sido violentamente, como lo demostraban las piedras y la cal esparcida acá y allá. La escalera de la antecámara habia sido igualmente tapiada y cubierta de materiales y de grandes piedras, sin duda con el objeto de hacer que se extraviasen aquellos mismos que hubiesen pasado el pozo y roto la pared que impedia ir allí, y que creyesen que este subterráneo terminaba definitivamente en el extremo de la mencionada antecámara. Todavía, á despecho de todas estas precauciones extraordinarias, la tumba oculta á todos y encerrada en el seno de la montaña habia sido forzada y robada; y por lo que aparece, los ejecutores de semejante violacion tuvieron por guias hombres conocedores del secreto. El sarcófago estaba vuelto hácia el Nordeste, y todo el subterráneo habia sido construido en la direccion del Sudoeste.

» Dada una idea general de esta caverna sepulcral, entraré en algunos pormenores relativos á los adornos que hay en ella; pero me verá obligado á atermine á los principales, siendo demasiado todos para discutir sobre ellos.

» Principiemos al efecto á recorrer todo el subterráneo, comenzando por su entrada, abierta en la falda

de una colina muy escarpada y elevada; y ante todo observemos que todas las figuras y jeroglíficos de la caverna están generalmente esculpidos de bajo relieve, y despues cubiertos de pintura, excepto los de la sala de los dibujos, que están apenas bosquejados. Esta sala nos da á conocer todo el procedimiento de los artifices egipcios encargados del ornamento de los sepuleros y los templos. Primeramente alisaban la roca todo lo posible, y cuando le quedaba algun hueco, lo llenaban de argamasa, que endurecida era grabada y pulida como el resto. Despues de tal preparacion, un artista, señalaba de rojo los contornos de las figuras y los demas adornos que se querian esculpir; luego otro mas hábil los señalaba en negro, corrigiendo al mismo tiempo los defectos del primero, el cual era acaso un alumno ó un artista inferior. Veianse también claramente en muchos sitios los errores de los contornos rojos, y las correcciones de los negros. Terminado el dibujo, el escultor con el escalpelo cortaba la piedra al uno y otro lado del contorno, á fin de que resaltasen mas ó ménos las figuras en relieve, segun su tamaño. Para las de tamaño natural se hacia ordinariamente el relieve de media pulgada, y cuando se debian representar figuras de medio pie solamente de largas, el relieve era sobre poco mas ó ménos del espesor de un escudo. Los trajes y las diversas partes de los miembros están indicados por una linea, cuyo espesor no excede del de una moneda de diez reales, pero tirada con una particular precision.

» Cuando las figuras estaban concluidas y pulidas por el escultor, se las cubria de una capa de color tan blanco que nuestro mejor papel pareciera amarillento comparado con ella, y luego venía el pintor á emprender su obra. Parece que los Egipcios no tuvieron el color de carne, pues que cuando tenian que pintar figuras desnudas, empleaban el rojo, y para pintar, por ejemplo, una mujer hermosa, usaban el amarillo á fin de distinguir su tez de la del hombre; no obstante la composicion del color de carne no pudo serles enteramente desconocida, pues que para representar la desnudez bajo un velo transparente, tomaban colores que se aproximaban mucho al natural, suponiendo que los Egipcios tuviesen el mismo color que el de los Goptos, sus descendientes, entre los cuales los hay de color tan hermoso como el de los Europeos. Los trajes eran generalmente de color blanco, pero en los adornos sobresalía el pintor; el rojo brillaba en ellos mas que todos, y es menester confesar que los cuatro únicos colores conocidos de los Egipcios estaban distribuidos con mucho arte. Cuando estaba concluida la pintura de las figuras, parece que la cubrian con una capa de barniz; pero dudamos aun si este se aplicaba á los colores ya dados, ó si sería mezclado cuando se preparaban. Por lo demas, no se observa tal barniz en ninguna otra parte mas que en esta catacumba, la única preservada de los ultrajes de los bárbaros, y que conserva intactos los adornos con que la hermoseó la piedad de los antiguos, y por lo tanto la sola que nos da una fiel idea de las artes y costumbres del Egipto antiguo.»

BELZONI, Segundo viaje á Egipto y á la Nubia.

(I) pág. 284.

PALACIO DE OSIMÁNDIAS.

Referiremos la descripcion que de este insigne monumento hace Diodoro, traducida con mas exactitud de lo que se ha hecho hasta ahora, principalmente por Compagnoni:

« Se ven en Tébas monumentos funerarios de los antiguos reyes, tan maravillosos que no han dejado á la posteridad medio de rivalizar con ellos. Verdad es que los sacerdotes pretenden que sus libros sagrados mencionan cuarenta y siete monumentos reales de este género; pero en tiempo de Tolomeo, hijo de Lago,

no nos quedaban mas que diez y siete, gran parte de los cuales se arruinaron al principio de la Olimpiada CXXX, cuando estuvimos en aquel famoso país. No solo los Egipcios, segun resulta de sus archivos nacionales, sino muchos Helenos también que vinieron á Tébas en tiempo de Tolomeo, y escribieron la historia de Egipto, se encuentran de acuerdo con nuestra relacion: entre ellos Hecateo.

Referen, pues, los sacerdotes y los historiadores, que diez estadios mas allá de los primeros sepuleros, que dicen ser los de las vírgenes consagradas á Júpiter, está el monumento del rey Osimándias. Primero se encuentra una columnata de piedra diferentemente esculpida, de dos plectros de larga, y de cuarenta y cinco codos de alta. Atravesándola se ve un patio tetragono rodeado de columnas de piedra, cada uno de cuyos lados tiene una extension de cuatrocientos pies: figuras monolíticas labradas á la antigua, y de diez y seis codos de altas, están apoyadas en los pilares (στύλοι). La bóveda plana monólita tiene una anchura de ocho codos, y está sembrada de estrellas sobre fondo azul. Inmediatamente, despues del peristilo, se encuentra otra entrada, que es un atrio, igual al anterior, con la diferencia de tener esculturas de toda especie, muy bien ejecutadas. Á la entrada hay tres estatuas hechas de un solo trozo de mármol de Siene. Una representa un hombre sentado, y es la mayor del Egipto, pues uno de sus pies tiene mas de siete codos de largo. Las otras dos menores representan la madre y la hija de aquel, llegándole á las rodillas, á la derecha la una, y la otra á la izquierda. No se admira esto solo por su magnitud, sino por la finura del trabajo y la naturaleza de la piedra, que en formas tan colosales no presenta la menor hendidura ni mancha.

Al pie de la estatua se lee: *Yo soy el rey de los reyes Osimándias. Si alguno quiere saber cuán grande soy y dónde reposo, triunfe de alguna de estas moles que son mi obra.*

Vese al costado otro estatua de su madre, sola, de veinte codos de altura y de un solo trozo, con tres coronas en la cabeza para indicar que es hija, mujer y madre de rey.

Despues de este atrio hay otro peristilo bastante mas notable. Bajos relieves de toda especie figuran allí la guerra sostenida por Osimándias contra la Bactriana rebelada. Su ejército se componia de cuatrocientos mil infantes y veinte mil caballos, y estaba dividido en cuatro cuerpos, mandado cada uno por un hijo suyo. En la primera pared está representado el rey asaltando una fortaleza bañada por un rio, y combatiendo valerosamente á los guerreros que le cierran el paso, acompañado de un leon que secunda su furor. Algunos intérpretes pretenden que en efecto un leon domesticado y alimentado por el rey lo sostenia en los combates, decidiendo la fuga del enemigo: otros refieren que aquel rey, tan vano como fuerte, para hacer su propio elogio habia querido significar con el simbolo del leon la fuerza de su alma. En la segunda pared están representados prisioneros castrados y sin manos, para indicar que en el desastre se mostraron afeminados é inactivos. En la tercera, toda clase de esculturas y dibujos finisimos nos recuerdan los sacrificios celebrados por el rey, y su triunfo al volver de la expedicion.

En medio del peristilo hay un altar á cielo descubierto, de una hermosa piedra muy labrada y de maravilloso tamaño. Apoyan la espalda en la pared dos estatuas monolíticas de veintisiete codos de altura, sentadas. Entre ellas y de cada lado hay tres entradas que van á parar á una sala hipostila, cuyo techo descansa sobre columnas alternadas, adornada como un teatro de música, y de doscientos pies de extension por cada lado.

Allí se ven muchas estatuas de madera que representan hombres en actitud de discutir, con los ojos

fijos en los jueces que han de fallar, y que en número de treinta están esculpidos en una de las paredes. Entre ellos sobresale el presidente teniendo suspendida al cuello la imagen de la verdad con los ojos cerrados, y á su inmediacion muchos libros. Los jueces en su aspecto manifiestan que el juzgador no debe recibir nada, y que el presidente no debe tener ojos mas que para la verdad.

Despues de este teatro hay un pasadizo, rodeado de salas de todas clases, donde habia manjares delicados, y donde está el rey esculpido con vivos colores, en traje régio, llevando al dios un tributo del oro y la plata producidos aquel año por las minas. Á los pies está escrita la suma que en nuestra moneda de plata equivale á treinta y dos millones de minas.

Despues de este pasadizo viene la biblioteca sagrada con la inscripcion: *Remedios del alma*. Allí se descubre una serie de imágenes de los dioses del Egipto y del rey, que á cada divinidad ofrece dones convenientes, y parece que está manifestando á Osiris y á sus asesores en el infierno, que ha cumplido los deberes de la piedad hácia los dioses, y de la justicia hácia los hombres.

Contigua á la pared de la biblioteca está una sala artificiosamente dispuesta, con veinte mesas circundadas de lechos, en los cuales están las imágenes de Júpiter, de Juno y del rey Osimándias, y donde se cree que este reposa. En derredor se han construido muchas cámaras con los animales sagrados del Egipto, muy bien dibujados, desde donde se sube finalmente al techo de toda la sepultura. Una vez allí se veía en el monumento un círculo dorado, de un codo de grueso, y de trescientos sesenta y cinco de circunferencia. Á cada codo correspondia un día del año, y en ellos estaban señaladas la salida y la postura de los astros, con las indicaciones astrológicas que enseñaba la supersticion egipcia. Cambises quitó aquella corona cuando conquistó el Egipto.

Tal era, pues, el monumento que contenia las cenizas del rey Osimándias, y que superaba con mucho á todos los demas así por las inmensas sumas que costó, como por la habilidad de los artistas. (Libro I, cap. 46, 47, 48, 49.)

Letronne (*Mem. del Instituto*, tom. IX, 1831) calificó de fabulosa esta relacion, así como lo habia hecho Hamilton en la *AEgiptiaca*; pero Gail leyó á la misma Academia una memoria, en la que pretende demostrar que Diodoro no habla ateniéndose á la fama, sino por lo que él mismo habia visto; que fué exacto en su narracion, y que se halla de acuerdo con cuanto encontraron los individuos de la comision francesa en Egipto.

Aun cuando esto disminuyese la fuerza de la poderosas objeciones de Letronne, resulta todavía absolutamente increíble lo del círculo de oro. Alguno imaginó que sería dorado; otros lo han creído apenas dibujado; y otro por fin supuso que los Egipcios, prácticos en la alquimia, habian encontrado la piedra filosofal. Pero mucho mas fácilmente la han encontrado los autores, que con un rasgo de pluma multiplican los millones de hombres y los millones de dinero.

(L) pág. 289.

PÚRPURA DE TIRO.

Las tintorerías ocupan el primer lugar en las manufacturas fenicias. Ya en tiempo de Homero eran famosos los tintoreros de Sidon (1); y ¿quién no sabe que la púrpura de Tiro fué uno de los principales objetos de lujo de las antiguas? — Reasumiré cuanto he podido recoger sobre esta importante materia en algunas observaciones generales.

(1) Véanse *Iliada* VI, 231; *Odisea* XV, 424.

1^o La palabra *púrpura* no envuelve la idea de un color único, sino de un género particular de tinte, para el cual se servían los Fenicios de colores animales, es decir, del licor de ciertas conchas, y que difería de otra especie de tinte, el vegetal, para el cual no empleaban más que plantas, *colores herbáceos*. En la primera clase se comprendían una infinidad de colores, pues que además de la púrpura ordinaria, que era la roja, había la blanca, la negra y de casi todos los otros matices (1).

2^o Se conocen dos especies de conchillíferos empleados un tiempo en este tinte, el uno llamado *buccinum*, se hallaba en los escollos y las rocas: el otro denominado púrpura ó *pelagia* (la concha propiamente dicha) se pescaba con la red en el mar. La concha de estos dos moluscos terminaba en espiral, pero la del primero era de forma redonda, la otra de forma aguda, y las dos tenían tantas vueltas como años contaba el molusco.

Eran tan abundantes estas conchas, según Plinio, que cubrían, por decirlo así, no solo las playas de la Fenicia, sino también las del Mediterráneo y aun del Atlántico. Los países más afamados del Mediterráneo en punto á colores eran el Peloponeso y la Sicilia, y en el Océano la Gran Bretaña; pero la calidad de ellos variaba según las localidades; cosa que provenía de causas físicas. Las conchas del Atlántico suministraban el licor más negro; las de la costa de Italia y Sicilia el más hermoso de violeta; y en fin, las de Fenicia el más estimado color de amapola. Pero los Fenicios no empleaban el licor de toda la concha, contentándose con exprimir una vena ó vejiga blanca que tenía al cuello, llena de un líquido ó materia colorante, que Aristóteles, y á su ejemplo Plinio, han llamado flor: el remanente lo arrojaban como inútil (2).

3^o Este tinte, como es fácil conocer, no pudo perfeccionarse y difundirse sino insensiblemente; pero es de creer que los Fenicios lo usaran los primeros, pues que el Hércules tirio pasó por ser su inventor, y porque la naturaleza de sus países, donde los crustáceos se hallaban en gran cantidad, debió de conducirlos naturalmente á este descubrimiento. Sin embargo, no fueron propiedad suya exclusiva las tintorerías de púrpura; pero su gran habilidad, como también la calidad superior de sus conchas, los pusieron en situación de elevar esta industria á perfección mayor, y de no temer competencia alguna. En ninguna parte se teñía tan bien de púrpura, de color de amapola y de violeta como en Tiro; las túnicas así teñidas fueron de moda entre los grandes y las clases elevadas de la sociedad, lo que muestra la inmensa extensión que debió de adquirir este ramo de industria entre los Fenicios.

4^o En fin, aunque se teñían de púrpura todas las telas de algodón, de lino y de seda, este género de tinte estaba reservado con preferencia para la lana. Los Fenicios recibían de los pueblos errantes, sus vecinos, una lana finísima y excelente, y esto les proporcionó los medios de elevar mucho el precio de sus tejidos, por la excelencia de la tela y del color. Teñían la lana dos veces seguidas (*purpura dibaphæ*), y le daban el color de amapola ó de violeta, empleando diferentes especies de púrpura, y variando los procedimientos (3). La belleza, la finura y la solidez eran las cualidades ordinarias de las telas de púrpura. Los

(1) Amati l. c., cuenta nueve colores simples de púrpura, desde el blanco puro hasta el negro, y cinco mezclados. Los primeros son el negro, el gris (*lividus*), el de violeta, el rojo, el azul oscuro ó claro, el rojizo y el blanco.

(2) PLINIO IX, 36. AMATI l. c., p. 30.

(3) Se comprende fácilmente que la belleza y variedad de los colores no dependían solo de la diversidad de las conchas que los producían, sino de su preparación y mezcla. Así, para obtener la púrpura roja oscura, empapaban la lana en el licor de la púrpura y después que estaba peinada en el del *buccinum*; y para obtener el color de violeta se ser-

Fenicios tenían además el talento de dar á este color cierto lustre variable, que le hacía reflejar diferentes matices, y que parece tuvo para ellos muchos atractivos. No hay que maravillarse de esto, porque en todo tiempo lo que resplandece y brilla, ha sido buscado lo mismo por el vulgo que por los pueblos incultos.

Las tintorerías no podían existir sin las manufacturas de tejidos. Como la mayor parte de las telas que teñían de púrpura los Fenicios eran de lana, se puede asegurar que las que enviaban á los extranjeros, eran fabricadas por ellos mismos. Las manufacturas más antiguas de este género, fueron las de Sidon, pues siempre se refiere Homero á las túnicas de esta ciudad (1); pero también se establecieron en seguida en toda la Fenicia, y especialmente en Tiro. Lástima es que la Historia no nos haya conservado nociones más positivas acerca de estas manufacturas.

HEEREN, *Ideas sobre la política y el comercio de los antiguos*, t. II.

Además de la púrpura, que podemos llamar marina, había la terrestre, hecha no ya con la cochinilla de cacto de Méjico, desconocida de los antiguos, sino con los insectillos del *zoxox* ó kermes que vive en los robles, y que Sicilia Itálica denomina *cinnyphus coccus*.

(M) pág. 293.

CAMINOS COMERCIALES.

Grandes caminos terrestres.

I. Caminos de las caravanas arábigo-fenicias.

Se dirigían á Petra en la Arabia Septentrional, y de allí á Fenicia.

1. La existencia del camino de la Arabia Feliz á Petra está confirmada por Estrabon (p. 1113), que determina tanto la dirección como las jornadas que se necesitaban para recorrerlo.

2. El camino de la Arabia Feliz á Gerra fué igualmente conocido de Estrabon, que indica el número de los días que en él se invertían. El *Albus pagus* (*λευκη κοπή*) por donde aquel pasa, según el doctor Seetzen (*Monatl. Corresp.* 1813, enero, pág. 75), debe este nombre á la blancura de sus montañas. Ezequiel y otros profetas nos dicen que se mantenían relaciones con todos los lugares de este país.

3. Sobre el camino de Gerra á Tiro no sabemos nada de positivo; pero no puede ponerse en duda su existencia, pues que por una parte se dice de Gerra que era una rica ciudad comercial, y por otra los testimonios de su comercio continental se hallan expuestos en Agatárguides (*Geogr. min.* 1. 60) y Estrabon (p. 1110). Los profetas hablan de sus relaciones con Tiro (*Ezequiel xxvii, 13, é Is. xxi, 13*), y se admite como cierto que el Dedan de los últimos era una de las islas inmediatas á Gerra en el Golfo Pérsico (probablemente una de las Baharein). La dirección del camino de Gerra á Tiro es, sin embargo, incierta. Este camino dividía en dos mitades iguales el gran desierto de la Arabia moderna; las vías comerciales partían de Heyar, atravesaban la fértil Neged, y se dirigían siguiendo la línea occidental hacia la Meca, la antigua Massoraba. (Según SEETZEN *Monatl. Corresp.*, 1813, set., p. 244, este camino era de treinta jornadas para las caravanas, y pasaba por muchos lugares; pero el que se dirigía á Medina atravesaba un desierto). En tal caso probablemente se reuniría el camino con el del Yemen, lo cual lo hacía más largo, pero menos peligroso.

4. Camino para el Egipto, y especialmente para Méfis. La existencia del comercio entre la Fenicia y

vian del procedimiento contrario. Era menester cierto número de operaciones para fijar el grado de coadura del color.

(1) Véanse *Iliada* VI, 291; *Odisea* XV, 424.

Cartago y este país no admite duda alguna, y evidentemente es aun aquel un camino de caravanas, con las mismas paradas que hoy se hacen. Las indicaciones de Herodoto demuestran verdaderamente que era el camino comercial entre el Alto Egipto y el Fezzan, entre Cartago y estos países, llegando hasta las playas del Níger. (V. HEEREN *Ideen*, etc. de los Cartagineses.) Partiendo del Egipto atraviesa este camino el desierto de la Tebáida, conduce hasta el templo de Ammon, después pasa por el desierto de Barca y los países áridos de los montes Araduse, y llega al Fezzan, donde se pierde en las tierras que hoy forman los reinos de Kasna y Bornú. Es demasiado pretender exactitud de distancias y jornadas en la narración de Herodoto; pero á pesar de esto concuerda maravillosamente con la de Hornemann, el cual recorrió el mismo camino, que sin embargo parte ahora del Cairo, no ya de Tébas, punto de reunión de las caravanas en tiempo de Herodoto.

El templo de Ammon era á la vez un santuario, tanto más enriquecido cuanto mayores eran los peligros superados por quienes á él llegaban, y una parada para las caravanas situada entre la Nigricia y el África Septentrional.

¿Pero dónde estaba este templo de Ammon? Brown el primero, luego Hornemann, descubrieron las ruinas de un templo que á primera vista reconocieron por el de Ammon, y que estaban junto á la población que hoy se llama Siwah, lo que se confirmó mucho más por el general Minutoli (*). Las muchas catacumbas que hay en sus alrededores y las momias que llenan con sus reliquias las colinas cercanas, confirman lo que los antiguos habían ya dicho, á saber, que no era el santuario de Ammon solo un templo, sino un estado pequeño, fundado por los Egipcios y los Etiopes juntos, con un rey particular. El oasis tiene unas doscientas millas de longitud; pero solo tres de anchura, y el terreno es feraz. Forma todavía hoy un estado de cuatro á cinco ciudades, entre las cuales Kebir, que es la mayor, está gobernada por jefes particulares, y solo en el año 1826 se sometió al virey de Egipto. Minutoli, en la lámina xi de su viaje, da el plano de las ruinas del templo, que los naturales llaman aun *Birbe* (templo) ó *Umeleda*, y están cubiertas de jeroglíficos hasta ahora indecifrables, y de bajos relieves á la manera de los de Tébas, con la procesion y la nave sagrada, ritual en el culto de Ammon; también se distinguen la fuente y la sal perfectamente.

No disimularemos, sin embargo, que mientras Herodoto coloca el templo de Ammon á diez jornadas de Tébas, Siwah dista veinte por lo menos, si calculamos las jornadas de las caravanas á seis ó siete leguas cada una. Acaso el autor griego omitió alguna jornada.

5. El camino por donde los Fenicios hacían su comercio con la Armenia y los países del Cáucaso, no está determinado por ningún autor. Como por allí no hay países habitados y cultos, no ha existido verosimilmente camino común.

II. Caminos de las caravanas babilónico-persas.

A. Caminos por el Asia Occidental.

1. No es dudosa la existencia del camino de la Lidia á Susa en Persia, pues que Herodoto (V. 32) describe su dirección y el número de sus jornadas. Este historiador calcula en ciento once el número de puntos de descanso; pero en las indicaciones parciales que hace no ascienden más que á ochenta y uno. ¿Se engañó al hacer la suma, ó es falta del copista? No es posible resolver tal cuestión.

(*) V. la n^oa del trad. pág. 247.

2. El camino de Babilonia á la Fenicia no está en ninguna parte indicado, y acaso existían muchos. Dos razones hacen no obstante suponer que aquel pasaba por Palmira: primera, el ser el camino más natural, porque de otra manera se habría debido rodear mucho hacia el Norte, ó pasar por un vasto desierto enteramente desprovisto de agua; segunda, el ser Palmira ciudad ya antigua, que, considerando su posición, no puede haber tenido al principio más destino que el de servir de punto de descanso á las caravanas. El camino iba después á Tapsaco, la más importante ciudad comercial del Eufrates, cuyo río se pasaba por Circesio, dirigiéndose en fin hacia el Sur por el Muro medo, y terminando en Babilonia.

3. El camino de Babilonia á la Siria está exactamente indicado en Estrabon, p. 1804. Era un verdadero camino de caravanas, porque estas solas podían seguirlo, siendo forzoso atravesar la Mesopotamia, desierto lleno de hordas errantes, á quienes se compraba el paso. Atravesando la Siria pasaba por Antemusia á orillas del Eufrates que se cruzaba por este sitio: de allí se dirigía por Bambia á Edesa, y después á distancia de tres días del río, por las llanuras pobladas de los Chenitas errantes y provistas de algunas cisternas, á la ciudad de Chene en la frontera de Babilonia á diez y ocho escenos (veinticinco leguas) de Seleucia en las orillas del Tigris. Se pretende que este camino fué en otro tiempo frecuentado por los Fenicios; pero no citando Estrabon las autoridades en que se apoya, no sabemos á que época pertenece.

B. Caminos por el Asia Oriental.

Camino de Babilonia y de Susa á la India. Se puede considerar como uno solo el camino que partía de las dos capitales; había entre ambos fáciles comunicaciones, y el que iba de la una á la otra atravesaba países pobladísimos y muy cultos. (ARRIANO III, 16). Pero los caminos de esta ciudad hacia los países situados á orillas del Indo no podían en verdad ir derechos hacia el Este, porque habría sido menester cruzar el gran desierto entre la Persia y la Média. Léjos de esto el camino principal pasaba por la Média, dejando al Norte el desierto: seguía, pues, primeramente por la orilla izquierda del Tigris el camino real maestro, dado á conocer por Herodoto, que conducía al Asia Menor, y se reunía en la frontera de la Média con el camino de la India, cuyos principales puntos de descanso han trazado Estrabon y Plinio. Estos dos autores tomaron sus datos de las fuentes más antiguas; aquel de Eratóstenes, y este de las relaciones de los compañeros de Alejandro, ó sea de los geógrafos Bcton y Diogneto (*Βηρυτισταί, itinerum dimensiones*) agregados al ejército del rey. No se puede, pues, dudar ni de la dirección ni de la antigüedad de este camino; si bien es difícil fijar la posición exacta de todos los lugares que atravesaba, porque las cifras están frecuentemente falseadas en los autores, y nuestras cartas modernas de estas regiones son defectuosísimas. Los indicios más exactos se encuentran en la obra de MANNERT, t. v, parte II.

Al salir de la Mesopotamia se dirigía el camino por el 36^o de latitud Norte, recto siempre hacia Echatana, capital de la Média, (TOLEMO, I, 22), y de allí por Rages hacia las Puertas Caspias (*Πύλαι Κασπίαι*). Todo lo que del Occidente del Asia se trasportaba hacia el Oriente debía pasar por estos estrechos, porque más al Norte el camino se hacía intransitable á causa de las montañas hircanias y de sus habitantes, y al Sur principiaba el desierto. Es, pues, importante determinar la posición de estos estrechos, que por fortuna no está sujeta á controversia. En efecto, se encuentran en las montañas Caspias, y separan la Média del Aria hacia el 35^o de latitud, y 51^o de longitud,